

CONCEPCION, 18 de Diciembre de 1939

M.
H. Bonnet,
Director del Instituto de
Cooperación Intelectual
PARIS.-

Mi distinguido señor,

he tenido el agrado de recibir su interesante comunicación del 27 de Noviembre último en que me hace saber que "el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual ha decidido continuar sus actividades, adaptándolas a las necesidades de la hora presente, a fin de mantener y, si es posible, desarrollar las relaciones que había organizado entre los intelectuales."

Con este motivo se sirve Ud. adjuntarme copias de una comunicación del señor M. Ozorio de Almeida y de otra del señor Juan Huizinga, Presidente de la Real Academia de los Países Bajos. Su carta y las de los dos ilustres corresponsales contienen el gran interés de hallarse inspiradas por la angustia de la tragedia que sacude a Europa, y reflejamente al mundo, en estos momentos.

Me hace Ud. luego el honor de pedirme las impresiones que la lectura de estas páginas llenas de emoción me sugiera. Además de agradecerle esta distinción, debo decirle en primer término, y tal es mi impresión inicial, que movimientos como éste son de aquellos que deben recibirse como con los brazos abiertos.

¿Cómo no sentir dolor ante el desgarramiento de Europa, inquietud por la civilización e indignación ante la injustificada agresión de que han sido víctimas naciones pequeñas y débiles por obra de ambiciones imperialistas?

Como ha dicho Paul Valery, citado por el señor Ozorio de Almeida, "en un país libre es imposible que la paz o la guerra dependa de la voluntad de un solo hombre".

Estas palabras señalan la importante función que le corresponde a una opinión pública ilustrada para evitar las guerras, opinión que no es posible llegar a formar de una manera ventajosa sino en los pueblos que viven en regímenes de libertad.

Para que los intelectuales puedan cumplir con su misión de servir de guías de la colectividad necesitan gozar de esa misma libertad en su forma de libertad de pensar, a que hacen referencia los señores Huizinga y Ozorio de Almeida, como de un ambiente sin el cual la verdadera vida espiritual peca ahogada. Por supuesto que la libertad de pensar que se reclama no es la facultad de expresar lo primero que a uno se le ocurra sino la de dar a luz los frutos maduros de la inteligencia, madurez que se alcanza con la observación atenta, el estudio y la reflexión.

A este respecto los señores Huizinga y Ozorio de Almeida abundan en consideraciones sobre las limitaciones que la neutralidad del Estado pudiera traer para la libre manifestación de la opinión de los ciudadanos respecto de uno u otro de los beligerantes y citan como salvadora la actitud del Presidente Roosevelt sobre el particular. Así lo es en efecto; pero pienso que el eminente mandatario norteamericano no ha hecho otra cosa que expresar algo que está en el alma de los pueblos del Nuevo Mundo. Entre nosotros no se admite que la neutralidad del Estado pueda im-

poner la neutralidad de las conciencias y gozamos en este, como en otros aspectos de la vida ciudadana, de la necesaria libertad. Concebimos al individuo, entendido en cooperación solidaria con la comunidad y por consiguiente capaz de patriotismo, de dominio propio y de abnegación, como el núcleo central de todos los valores, fuente de creación e invención, realidad suprema y última de la vida del espíritu; y pensamos que el Estado no debe, pues, oprimirlo y agarrotarlo dentro de su armadura, sino procurarle las seguridades y la atmósfera conveniente para su mejor desenvolvimiento.

Por tal motivo hemos visto ya, antes de la guerra, en los regímenes dictatoriales o totalitarios implantados en varios países una seria amenaza para la verdadera vida intelectual. Y, como dice el señor Ozorio de Almeida, "no se podría comprender la civilización sin una amplia vida intelectual constantemente renovada y en perpetuo desarrollo."

En Enero del presente año, en la sesión de clausura de la Primera Conferencia Inter-americana de Comisiones de Cooperación Intelectual celebrada en Santiago de Chile, dije lo siguiente sobre la acción del intelectual al frente de las corrientes verdaderas del mundo:

"La cooperación intelectual tiene las vibraciones, ascien-
de a creación del espíritu. En esta época de violencias en que lo trascen-
dente desaparece de las perspectivas ideológicas, significa el anhelo de sal-
var de la vorágine por lo menos, lo humano, de establecer la veneración de
lo humano por encima de todo proselitismo, de todo partidismo, de todo inte-
rés de secta o bandería; y también contra nuestras conveniencias personales
y nuestras vanidades. Significa buscar que el lugar dejado vacante por los
dioses de todos los olimpos no lo ocupen solo los bajos instintos de pugna,
medra y placer, sino una constelación de valores superiores que se concretan
en el amor y respeto a la personalidad humana, difusa de libertad, investiga-
dora de la verdad, fuente y objeto de la justicia."

El intelectual ejerce por esto un sacerdocio o ministe-
rio inspirado en el concepto de la primacía del espíritu en las relaciones
humanas, por el triunfo de cuyas normas e idealidad trabaja, brega y padece.

Se suele decir que las reuniones de intelectuales, o sea
sus conferencias o congresos, suelen ser ferias de palabras. En nuestro caso
actual la labor indicada en líneas recientes bastaría para desautorizar este
aserto juguetón. Pero, además, cuando la palabra surge de un amor construc-
tivo, de un amor de la entraña, de una esperanza vital, no es un mero ruido
inocuo. Es la mensajera alada de las ideas que los grandes poetas, filósofos
y reformadores se lanzan como el carrete del telar en que vienen tejiendo
la tela de la humanidad. La violencia desgarrar continuamente esta tela a-
quí y allá. El intelectual, consecuente con la esencia de su naturaleza y
de su función social, la condena, tanto dentro de un país, como en las rela-
ciones de un país con otro. En las divergencias, fricciones, litigios, conflic-
tos y choques de intereses que suelen suscitarse entre los hombres, el ser-
vidor del espíritu que es el intelectual no reconoce otras armas ni otros me-
dios para solucionarlos que los propios de la razón: el estudio de los pro-
blemas en todos sus aspectos y la busca del avenimiento mutuo por medio de
la convicción, del pensamiento reflexivo y de su órgano que es la palabra
hablada o escrita. Otros procedimientos podrán ser todo lo eficaces que se
quiera, según los fines que se persigan, pero jamás serán propios de intelec-
tuales. El intelectual puede, por esto, aparecer a veces, como desarmado e
impotente ante la realidad inmediata; pero la vida del espíritu, que en sí
no se halla reñida con el éxito, en caso de conflicto entre el éxito del mo-
mento y la idea inmortal, está por la afirmación de la idea inmortal."

Las guerras han sido siempre una calamidad para los hombres y mas lo son las contemporáneas con los medios terribles de destrucción que ha inventado el genio humano. En América existe un claro sentimiento general en contra de la guerra. Ciertamente que no siempre hemos escapado a sus estragos; pero todas las naciones del Nuevo Mundo viven en paz entre sí y han venido arreglando sus diferencias por medio de los recursos que ofrece el derecho internacional y la política de buenos vecinos.

Sentimos el dolor de Europa como nuestro. Llegan hasta nosotros y las estamos sufriendo, las consecuencias tanto materiales como espirituales del grave conflicto; pero confiamos en que la civilización se salvará de la dura prueba por que está pasando. Sentimos además que los derechos del espíritu, que constituyen a la vez su raiz y su flor mas preciosa, tienen un hogar entre nosotros. Los pueblos de este continente se hallan animados por una alentadora interpretación del devenir histórico: son herederos y en parte frutos de la civilización europea; pero además son sus continuadores, y de acuerdo con ella y haciendo revivir los poderosos elementos de cultura autóctona latentes en estas tierras, se siente entre nosotros la anunciación de una era en que el imperio del derecho, el triunfo de los sentimientos de humanidad, el florecimiento de las fuerzas civilizadoras en una palabra, serán una realidad para los hombres.

"Bien podría ocurrir, dice el señor Huizinga en uno de los últimos párrafos de su carta, que, después de todo, el mundo estuviera mas cerca ahora de una concordia general de lo que lo ha estado desde hace muchos siglos". Deseamos que estas nobles esperanzas no sean una mera fantasía sino una visión profética.

Mas para afirmar la solidaridad intelectual no debemos confiar solo en que ella sea p[os]sible, cuando haya pasado la ráfaga guerrera, como dice el señor Huizinga al final de su interesante carta. Debemos continuar afirmándola desde ya, hasta donde ~~sea posible~~, en medio de la tormenta misma, sin interrupción y en todo momento.

Con sentimientos de la mas alta consideración me es grato quedar a sus órdenes como su afectísimo servidor.

L. J. Solís